

**Evagrio Pónico**

**SOBRE LA ORACIÓN**

## *Prólogo*

Estaba yo abrasado por la llama de las pasiones impuras, cuando el contacto con tu carta agradable a Dios me ha restablecido, como de costumbre, apaciguando mi intelecto, que se debatía entre las últimas bajezas, e imitando felizmente al gran Guía y Maestro<sup>1</sup>; y no me sorprende, pues tu parte ha sido siempre excelente, como la del bienaventurado Jacob. Ahora, tras haber servido con destreza a causa de Raquel y haber acogido a Lía, tratas de conseguir la deseada, puesto que por ella has cumplido los siete años convenidos<sup>2</sup>. Yo no puedo negar, por mi parte, que, después de haber estado toda la noche trabajando, nada había conseguido<sup>3</sup>. Más, por otro lado, al calmarme con motivo de tu palabra, eché las redes y reuní una multitud de peces, supongo que no serán de los grandes, pero, a pesar de ello, son ciento cincuenta y tres, y te los envío en la cesta de la caridad, por medio de capítulos que son iguales en número, satisfaciendo así tu petición<sup>4</sup>.

Te admiro y felicito encarecidamente por tu excelente intención que te hace desear estos capítulos sobre la oración. Porque no anhelas simplemente tenerlos en tus manos y en el pergamino escritos con tinta, sino tenerlos grabados en el intelecto por medio de la caridad y por la ausencia de resentimiento <sup>5</sup>. Sin embargo, puesto que todas las cosas tienen un doble aspecto, uno frente a otro, según el sabio Jesús [Ben Sirac] <sup>6</sup>, recíbelos según la letra y según el espíritu, y date cuenta de que el intelecto precede absolutamente a la letra; pues si aquél falta de nada servirá ésta. Así pues, también es doble el modo de la oración: uno práctico y otro contemplativo <sup>7</sup>; igual que en el número hay dos aspectos: uno palpable, la cantidad, y otro significativo, la cualidad.

Dividiendo este tratado sobre la oración en ciento cincuenta y tres capítulos, te hemos enviado este alimento evangélico <sup>8</sup>, para que encuentres la satisfacción del número simbólico y la figura triangular y hexagonal que representan, al mismo tiempo, tanto el santo conocimiento de la

Trinidad como también la delimitación y disposición de este mundo. El número cien es en sí mismo cuadrangular, el cincuenta y tres, triangular y esférico: puesto que el veintiocho es triangular y el veinticinco esférico, ya que cinco veces cinco hacen veinticinco. Pues bien, tienes la figura cuadrangular no sólo en el grupo de las cuatro virtudes, sino también en el conocimiento verdadero de este siglo, semejante al número veinticinco, a causa de lo esférico de los tiempos: una semana sigue a otra semana, y un mes a otro mes y el tiempo transcurre de año en año; y de momento en momento, como observamos con el movimiento del sol y de la luna, de la primavera, del verano, y de las estaciones siguientes. El triángulo podría sugerirte el conocimiento de la Trinidad santa. Pero, según otra interpretación, si admites que, a causa de la multitud de los números que lo componen, ciento cincuenta y tres es triangular, observa en él la *práctica*, la física, la teología, o también, la fe, la esperanza y la caridad, oro, plata y piedras preciosas.

Ahora bien, esto en cuanto al número, en cuanto a los capítulos, no desprecies su pequeñez, tú que sabes tanto saciarte como abstenerte<sup>9</sup> y que en verdad te acuerdas de Aquel que no menospreció las dos pequeñas monedas de la viuda, sino que las prefirió sobre las riquezas de muchos otros<sup>10</sup>. Por tanto, conociendo el fruto de la benevolencia y de la caridad, lo guardarás para tus verdaderos hermanos, encomendándoles que oren por el enfermo de modo que recobre la salud y, en adelante, tome su camilla y ande por la gracia de Cristo

1. Si alguien quisiera preparar un perfume aromático, mezclará, conforme a la ley <sup>12</sup>, incienso transparente, canela, ónix y mirra en igual cantidad. Éste es el cuaternario de las virtudes. Si alcanzan su plenitud y obtienen su equilibrio, el intelecto no será traicionado <sup>13</sup>.

2. El alma purificada por la observancia de los mandamientos <sup>14</sup> confirma la disposición inamovible del intelecto, haciéndole capaz de recibir el estado que busca <sup>15</sup>.

3. La oración es el coloquio del intelecto con Dios. ¿Qué estado requiere entonces el intelecto para que pueda tender hacia su propio Señor sin desviarse, y dialogue con Él sin ningún intermediario? <sup>16</sup>.

4. Si a Moisés, al intentar acercarse al lugar de la zarza ardiente, le fue prohibido hacerlo hasta que se desató las sandalias de los pies, ¿cómo tú, deseando ver a Aquél que trasciende toda sensación y pensamiento, quieres llegar a ser su constante compañero, no te desprendes de todo pensamiento apasionado?<sup>17</sup>

5. Pide, en primer lugar, el don de lágrimas, a fin de ablandar, por medio de la compunción, la dureza que hay en tu alma; y confesando contra ti tus iniquidades ante el Señor, te llegue de El el perdón<sup>18</sup>.

6. Acude a las lágrimas para ser escuchado en tus peticiones; pues mucho se complace en ti el Señor cuando oras con lágrimas<sup>19</sup>.

7. Aunque derrames fuentes de lágrimas en tu oración, de ningún modo te enorgullezcas, creyendo estar por encima de la mayoría; pues se trata simplemente de una ayuda que ha obtenido tu oración para que puedas confesar voluntariamente tu pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas. No conviertas en pasión el remedio contra las pasiones, no vayas a irritar más al que te da la gracia.

8. Muchos que lloraban por sus pecados, olvidando la finalidad de sus lágrimas, se extraviaron enloquecidos<sup>20</sup>.

9. Mantente firme, ora con vigor y rechaza las preocupaciones y los pensamientos que te sobrevengan; porque te perturban e inquietan con el fin de debilitar tu ánimo.

10. Cuando los demonios te ven que deseas orar verdaderamente, te sugieren ideas de algunas cosas realmente necesarias y, un poco más tarde, avivan su recuerdo moviendo al intelecto para que las busque; pero cuando éste no las encuentra se entristece mucho y se desalienta. Sin embargo, cuando se mantiene en oración, le recuerdan las cosas que buscaba y despiertan su memoria con el fin de que el intelecto, debilitado por el conocimiento de estas cosas, pierda la oración fructuosa<sup>21</sup>.

11. Lucha por conseguir que tu intelecto en el momento de la oración permanezca sordo y mudo; y podrás orar.

12. Cuando te sobrevenga alguna tentación o contradicción, cuando seas irritado o te veas movido a la ira por alguna contrariedad o a proferir algún tipo de insulto,

acuérdate de la oración y del juicio que en ella te espera; y al punto se apaciguará en ti el movimiento desordenado.

13. Todo lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha ofendido, será para ti un obstáculo en el momento de la oración<sup>22</sup>.

14. La oración es un vástago de la mansedumbre y de la ausencia de cólera<sup>23</sup>.

15. La oración es fruto de la alegría y del agradecimiento.

16. La oración aleja la tristeza y el desaliento<sup>24</sup>.

17. Ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres; y, tomando tu cruz, niégate a ti mismo para que puedas orar sin distracción<sup>25</sup>.

18. Si quieres orar dignamente, niégate a ti mismo en todo momento y si sufres todo tipo de desgracias, acéptalas por amor de la oración<sup>26</sup>.

19. De toda dificultad que soportes con sabiduría, encontrarás el fruto en el momento de la oración<sup>27</sup>.

20. Si deseas orar como conviene, no contristes ningún alma, de lo contrario corres en vano<sup>28</sup>.

21. «Deja tu ofrenda —se dice— delante del altar y vete primero a reconciliar con tu hermano»<sup>29</sup>, y al volver orarás entonces sin perturbación; pues el resentimiento ciega la parte rectora del que ora y oscurece sus oraciones<sup>30</sup>.

22. Los que acumulan en su interior tristeza y resentimiento [y se imaginan que oran] se parecen a aquellos que achican agua y la echan en una cuba agujereada.

23. Si eres paciente, siempre orarás con alegría.

24. Cuando ores como conviene, se te aparecerán cosas tales que considerarás totalmente justo servirse de la ira; pero en absoluto es justa la ira contra el prójimo. Si buscas, encontrarás que es posible solucionar el asunto

satisfactoriamente sin ira. Así pues, utiliza todos los medios para no dar rienda suelta a la ira <sup>31</sup>.

25. Ten cuidado, no sea que creyendo curar a otro, tú mismo te vuelvas enfermo incurable e interrumpas irremediablemente tu oración <sup>32</sup>.

26. Si evitas la ira, hallarás misericordia, demostrarás que eres prudente y serás contado entre los hombres de oración <sup>33</sup>.

27. Armado contra la ira, no darás pie jamás a tus deseos; pues estos son los que proporcionan materia a la ira, la cual, a su vez, perturba el ojo intelectual, perjudicando así el estado de la oración <sup>34</sup>.

28. No ores solamente con actitudes externas, antes bien dirige tu intelecto hacia el sentimiento de la oración espiritual con gran temor<sup>35</sup>.

29. A veces, apenas comiences a orar, orarás bien. Otras veces, en cambio, aunque te esfuerces mucho, no conseguirás tu propósito. Esto sucede para que busques con más ahinco, y una vez alcanzado el objetivo, lo posesas libre de peligro<sup>36</sup>.

30. Cuando un ángel se acerca, se apartan inmediatamente todos aquellos que nos inquietan y el intelecto se queda con un gran reposo, orando sanamente. A veces, sin embargo, nos oprime el combate habitual; el intelecto se debate sin que le sea posible levantar los ojos, debido a que ha sido asediado por varias pasiones. Con todo, si busca aún más encontrará, y si persevera llamando, se le abrirá<sup>37</sup>.

31. No ores para que se cumpla tu voluntad, pues no se ajusta completamente a la voluntad de Dios. Antes bien, ora según te fue enseñado diciendo: «Hágase en mí tu voluntad»<sup>38</sup>; y así en todas las cosas pídele que se realice su voluntad, puesto que Él desea lo bueno y conveniente para tu alma, mas tú no siempre buscas esto<sup>39</sup>.

32. Muchas veces, al orar, he pedido que se cumpliera lo que suponía ser bueno para mí, y obstinándome en mi petición y forzando irreflexivamente la voluntad de Dios no le permitía que me diera lo que El sabe que más me convenía. Y en realidad, al recibirlo más tarde, me afligía mucho por no haber pedido ante todo que se cumpliera la voluntad de Dios <sup>40</sup>, pues la cosa al fin no era tal como la había imaginado.

33. ¿Qué bien hay fuera de Dios? Por tanto, entreguémosle todo lo que nos concierne y nos sentiremos bien; pues el que es bueno es sin duda proveedor también de dones excelentes.

34. No te aflijas si no recibes inmediatamente de Dios lo que pides; porque el Señor quiere hacerte un bien aún mayor perseverando con El en la oración. ¿Qué hay, en efecto, más sublime que dialogar con Dios y ocuparse en el trato con El?

35. La oración sin distracción es la acción más sublime del intelecto <sup>41</sup>.

36. La oración es una elevación del intelecto hacia Dios <sup>42</sup>.

37. Si anhelas orar, renuncia a todo para heredarlo todo <sup>43</sup>.

38. Ora, en primer lugar para ser purificado de las pasiones, en segundo lugar, para ser preservado de la ignorancia y, por último, para verte libre de toda tentación y abandono.

39. Busca únicamente en tu oración la justicia y el reino, es decir, la virtud y el conocimiento y todo lo demás se te dará por añadidura <sup>44</sup>.

40. No es justo orar solamente por la propia purificación, sino también por la de toda tu raza, a fin de imitar una conducta angélica <sup>45</sup>.

41. Fíjate si de verdad estás ante Dios en tu oración, o si te dejas vencer por la alabanza humana, e indu-

cido a buscarla con afán, aprovechando como pretexto el alargamiento de tu oración.

**42.** Ya ores en comunidad ya a solas, esfuérzate en orar no por rutina, sino con sentimiento <sup>46</sup>.

**43.** El sentimiento <sup>47</sup> propio de la oración es la reverencia acompañada de compunción y de dolor del alma en la confesión de las faltas con secretos gemidos <sup>48</sup>.

**44.** Si tu intelecto divaga durante la oración, todavía no ora como monje, sino que pertenece aún al mundo, ocupándose en adornar la tienda exterior <sup>49</sup>.

**45.** Cuando ores, vigila estrechamente tu memoria, de manera que no te sugiera sus propios recuerdos, sino que más bien te mueva a la aspiración del conocimiento; pues el intelecto por naturaleza es muy propenso a dejarse despojar por la memoria en el tiempo de la oración <sup>50</sup>.

46. Cuando oras, la memoria suele traerte imágenes, bien de cosas pasadas, o de preocupaciones nuevas, o el rostro del que te ha contristado <sup>51</sup>.

47. Mucho envidia el demonio al hombre que ora, y utiliza cualquier recurso para apartarle de su fin. En efecto, no cesa de remover pensamientos de cosas por la memoria, y de despertar todas las pasiones en la carne, a fin de frenar, si le fuera posible, su óptima carrera y su ascenso hacia Dios <sup>52</sup>.

48. Cuando, tras haber realizado muchas cosas, el demonio más perverso no ha sido capaz de impedir la oración del diligente <sup>53</sup>, se retira un poco, y más tarde se venga del que estuvo orando; o bien encendiendo su cólera, destruye el excelente estado mantenido en él por la oración; o incluso excita algún placer irracional, para injuriar su intelecto <sup>54</sup>.

49. Cuando hayas orado como conviene, teme lo que no es conveniente y disponte virilmente a custo-

diar el fruto de tu oración. Para esto fuiste formado desde el principio: para trabajar y guardar<sup>55</sup>. Por tanto, después de haber trabajado, no dejes de custodiar lo que has conseguido con tu trabajo; de lo contrario de nada te habrá servido orar<sup>56</sup>.

50. Toda guerra que se libra entre nosotros y los demonios impuros, no tiene otro motivo que la oración espiritual; pues ésta es muy hostil y odiosa para ellos, mas para nosotros es causa de salvación y muy agradable<sup>57</sup>.

51. ¿Qué significa para los demonios suscitar en nosotros la gula, la fornicación, la avaricia, la cólera, el resentimiento y las demás pasiones? Lo hacen para que el intelecto entorpecido por ellas no pueda orar como conviene, porque cuando dominan las pasiones de la parte irracional no le permiten actuar conforme a la razón [e ir en busca del Verbo de Dios]<sup>58</sup>.

52. Caminamos tras las virtudes por medio de las razones de los seres creados, y a estos a través del Verbo que les ha dado la existencia. El, por su parte, suele manifestarse en el estado de la oración<sup>59</sup>.

53. El estado de oración es un hábito impasible, que impulsado por un amor muy intenso arrebató al intelecto sabio y espiritual, elevándole hasta la cima de lo inteligible<sup>60</sup>.

54. Aquél que se dispone a orar verdaderamente, no sólo debe dominar la ira y el deseo, sino también lograr estar libre de todo pensamiento apasionado<sup>61</sup>.

55. El que ama a Dios dialoga siempre con El como con un padre, expulsando de sí todo pensamiento apasionado<sup>62</sup>.

56. No por haber alcanzado la impasibilidad se ora ya verdaderamente, pues es posible detenerse en meros pensamientos, estar ocupado en sus disquisiciones y hallarse muy lejos de Dios<sup>63</sup>.

57. El intelecto, aunque no se detenga en los pensamientos simples de las cosas, no por eso ha alcanzado ya el lugar de la oración; pues es posible que se quede constantemente en la contemplación de esos objetos y que reflexione en sus razones, las cuales aun siendo expresiones simples, por ser cosas lo que contempla, conforman el intelecto y le distraen de Dios.

58. Aunque el intelecto se eleve por encima de la contemplación de la naturaleza corpórea, de ningún modo, sin embargo, ha tenido una visión perfecta del lugar de Dios, ya que puede estar en el conocimiento de lo inteligible y dispersarse en él.

59. Si deseas orar, tienes necesidad de Dios que es quien da la oración al que ora. Invócale, pues, diciendo: «Santificado sea tu nombre, venga tu reino»<sup>64</sup>; es decir, el Espíritu Santo y tu Hijo unigénito. Así lo enseñó al hablar de adorar al Padre en espíritu y en verdad<sup>65</sup>.

60. El que ora en espíritu y en verdad ya no honra al Creador en la criaturas, sino que alaba a Dios en Él mismo.

61. Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente, eres teólogo<sup>66</sup>.

62. Cuando tu intelecto, movido por un gran deseo de Dios, se desprenda poco a poco, por así decir,

de la carne y rechace todos los pensamientos procedentes de la sensación, de la memoria o del temperamento, y al mismo tiempo se encuentre lleno de piedad y alegría, entonces piensa que estás ya en el ámbito de la oración<sup>67</sup>.

63. El Espíritu Santo, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos visita aun siendo impuros todavía, y con sólo hallar nuestra intelecto orando con amor sincero, entra en él, desvanece todo el ejército de razonamientos y pensamientos que lo envuelve, y lo empuja al amor de la oración espiritual<sup>68</sup>.

64. Mientras que los demonio, sirviéndose de las alteraciones del cuerpo, introducen en el intelecto razo-

namientos, conceptos o reflexiones, el Señor hace lo contrario: entra en el intelecto, infunde en ella el conocimiento como Él quiere; y, por medio del intelecto, calma la intemperancia del cuerpo<sup>69</sup>.

**65.** Todo aquel que desea vivamente la verdadera oración y se encoleriza o guarda resentimiento es un demente; pues se parece a aquél que, queriendo tener una vista penetrante, se arrancara sus propios ojos<sup>70</sup>.

**66.** Si deseas orar, no hagas nada que se oponga a la oración, para que Dios, acercándose a ti, camine a tu lado.

**67.** No representes en tu interior la divinidad cuando ores, ni consientas que se modele en tu intelecto forma alguna; antes bien, corre inmaterial hacia lo inmaterial y comprenderás.

68. Evita las trampas de los adversarios. Porque suele suceder, cuando ores con pureza y tranquilidad, que de repente se te aparezca una forma desconocida y extraña, para llevarte a la presunción de creer que allí está la divinidad, y así persuadirte rápidamente a pensar que la divinidad es cuantificable. Sin embargo, la divinidad no tiene cantidad ni figura.

69. Cuando el envidioso demonio no es capaz de agitar tu memoria durante la oración, fuerza entonces la constitución del cuerpo con el fin de producir alguna imaginación desconocida para el intelecto y conferirle forma. Éste, acostumbrado a tratar con los conceptos, se dobllega negligentemente y, aunque perseguía el conocimiento inmaterial y sin forma, se deja engañar, prefiriendo el humo en lugar de la luz<sup>71</sup>.

70. Estate alerta, preservando tu intelecto de pensamientos durante el tiempo de la oración, para que realice su plegaria y permanezca en la paz que le es propia; y así, Aquél que se compadece de los ignorantes te visitará y recibirás entonces el gloriosísimo don de la oración<sup>72</sup>.

71. No podrás orar con pureza, si te atas a las cosas materiales y estás agitado por continuas preocupaciones; porque la oración es supresión de los pensamientos<sup>73</sup>.

72. No se puede correr estando encadenado, ni el intelecto esclavizado por alguna pasión puede ver el lugar de la oración espiritual; puesto que es arrastrado y envuelto por el pensamiento apasionado y no puede mantenerse inamovible.

73. Cuando el intelecto ora con pureza e impasiblemente, entonces los demonios ya no se acercan a él por la izquierda, sino por la derecha<sup>74</sup>; pues le hacen concebir la apariencia de Dios como si fuera una figura agradable a los sentidos, de manera que le parezca haber alcanzado ya perfectamente la cumbre de la oración. Esto —decía un gnóstico— sucede debido a la pasión de la vanagloria y al demonio, cuyos golpes hacen palpitar el lugar del cerebro<sup>75</sup>.

74. Pienso que el demonio, al tocar el lugar que dije, cambia, según quiere, la luz que envuelve el

intelecto, para suscitar así la pasión de la vanagloria, dando forma en el intelecto irreflexivo al razonamiento para imaginarse definitivamente el conocimiento divino y esencial. Y como el intelecto no se ve turbado por pasiones carnales e impuras, sino más bien afianzado en la pureza, se imagina libre de toda fuerza enemiga y sospecha por ello, que es divina la aparición producida por el demonio, que le hizo concebir aquella representación mediante esa horrible táctica que, según dijimos, consiste en provocar en el cerebro alteraciones de la luz que allí se controla y en configurar así el intelecto <sup>76</sup>.

75. Cuando sobreviene el ángel de Dios, con una sola palabra hace cesar toda acción contraria de nuestro interior y mueve la luz del intelecto a obrar sin error <sup>77</sup>.

76. Cuando en el Apocalipsis se habla del ángel que toma incienso para unirlo a las oraciones de los santos <sup>78</sup>, pienso que esta gracia es la que se confiere por medio del ángel: infunde el conocimiento de la verdadera oración, de suerte que el intelecto, en adelante, se mantenga libre de toda turbación, acedia y negligencia.

77. Los perfumes de las copas se dice que son las oraciones de los santos ofrecidas por los veinticuatro ancianos<sup>79</sup>. Por la copa hay que entender el amor de Dios, es decir, la caridad perfecta y espiritual, en la cual la oración llega a ser en espíritu y en verdad.

78. Cuando pienses que no son necesarias las lágrimas en tu oración por tus pecados, reconoce cuánto te has alejado de Dios, tú que debes permanecer siempre en El. Entonces llorarás con mayor dolor<sup>80</sup>.

79. Sin duda, si conoces tus limitaciones te arrepentirás más fácilmente, acusándote a ti mismo, como Isaías<sup>81</sup>, de cómo siendo impuro [teniendo labios impuros], y viviendo en medio de un pueblo semejante, es decir, un pueblo rebelde, tienes el valor de presentarte ante el Señor de los ejércitos<sup>82</sup>.

80. Si oras verdaderamente, encontrarás un gran sentimiento de confianza y los ángeles te escoltarán, como a Daniel, y te esclarecerán las razones de los seres (creados)<sup>83</sup>.

81. Observa que los santos ángeles nos mueven a orar y están a nuestro lado, alegrándose y orando por nosotros al mismo tiempo. Si, por consiguiente, somos negligentes y aceptamos pensamientos contrarios, los irritaremos mucho, ya que mientras pelean tanto en nuestro favor, nosotros, en cambio, no queremos implorar a Dios ni siquiera por nosotros mismos. Antes bien, mostrando desprecio por su servicio, abandonamos a su Dios y Señor, y conversamos con los demonios impuros<sup>84</sup>.

82. Ora con rectitud y sosiego; salmodia con inteligencia<sup>85</sup> y armonía y serás como una cría de águila elevándose en las alturas<sup>86</sup>.

83. La salmodia calma las pasiones y apacigua la falta de dominio del cuerpo. La oración prepara al intelecto, para que realice la actividad que le es propia<sup>87</sup>.

**84.** La oración es la actividad propia de la dignidad del intelecto, o dicho de otro modo, la ocupación mejor y adecuada de éste <sup>88</sup>.

**85.** La salmodia es imagen de la sabiduría multiforme; la oración, en cambio, es el proemio del conocimiento inmaterial y uniforme <sup>89</sup>.

**86.** El conocimiento es excelente, pues ayuda a la oración, despertando la fuerza cognoscitiva del intelecto en orden a la contemplación del conocimiento divino <sup>90</sup>.

**87.** Si todavía no has recibido el don de la oración o de la salmodia, insiste y lo recibirás <sup>91</sup>.

88. Les dijo también una parábola para mostrar que debían orar siempre y sin cansarse<sup>92</sup>. Así pues, no te fatigues mientras tanto, ni te descorazones por no haber recibido, porque más tarde recibirás. Y añadía a la parábola: «Verdad es que aunque ni temo a Dios ni respeto a los hombres, con todo, por las molestias que me causa esa mujer, le haré justicia»<sup>93</sup>. De igual modo, también Dios hará justicia con prontitud a los que claman a Él día y noche. Ten, por consiguiente, buen ánimo, perseverando diligentemente en la santa oración<sup>94</sup>.

89. No desees que sucedan tus cosas como te parezca, sino como le agrada a Dios; y estarás tranquilo y agradecido en tu oración<sup>95</sup>.

90. Aunque te parezca estar unido a Dios, guárdate del demonio de la fornicación, pues es experto engañador y el más envidioso, y pretende ser más rápido que el movimiento y la vigilancia de tu intelecto, para alejarle de Dios cuando está en su presencia con piedad y temor<sup>96</sup>.

91. Si te aplicas a la oración, prepárate entonces para los ataques de los demonios, y resiste con valentía sus tormentos; pues como fieras salvajes se lanzarán contra ti y maltratarán todo tu cuerpo.

92. Prepárate como un experimentado atleta: aunque veas de repente un fantasma, no te turbes; aunque veas una espada desenvainada contra ti o una llama que te impide la visión, no te turbes; y aunque veas una figura nauseabunda y sanguinolenta, que en absoluto desfallezca tu alma. Antes bien mantente firme, confesando tu bella profesión de fe<sup>97</sup>; y fácilmente soportarás la visión de tus enemigos.

93. El que sufre adversidades, también disfrutará de alegrías, y el que aguanta pacientemente en las desgracias, no se verá privado de cosas gratas<sup>98</sup>.

94. Vigila, no sea que los perversos demonios te engañen por medio de alguna visión. Sé prudente, dándote a la plegaria, e invoca a Dios, para que te haga ver si el pensamiento procede de El, o si, por el contrario, no sucede así, aparte de ti en seguida al impostor. Ten confianza, pues los perros no resistirán, si te entregas a una súplica ardiente; pronto invisiblemente y en secreto, azotados por la fuerza de Dios, serán expulsados lejos<sup>99</sup>.

95. Es conveniente que conozcas esta estratagema: en alguna ocasión los demonios se dividen entre ellos y, si decides buscar ayuda contra unos, entran los otros con aspectos angélicos y expulsan a los primeros. Hacen esto para engañarte totalmente, como si se tratara en verdad de ángeles <sup>100</sup>.

96. Preocúpate por adquirir mucha humildad y valor, y las vejaciones de los demonios no tocarán tu alma, ni el flagelo se aproximará a tu tienda, porque a sus ángeles dará órdenes de custodiarte <sup>101</sup> y ellos apartarán de ti invisiblemente toda acción contraria <sup>102</sup>.

97. El que se aplica a la oración pura oirá ruidos, estrépitos, voces e insultos, mas no se amedrentará ni abandonará su meditación, diciendo al Señor estas palabras: «No temeré los males porque Tú estás conmigo» <sup>103</sup>; y otras semejantes.

98. En el momento de tales tentaciones entrégate a una oración breve e intensa <sup>104</sup>.

99. Si te amenazan los demonios con aparecerse ante ti repentinamente en el aire, con asustarte y despojar tu intelecto [o despedazar, como fieras tu carne], no tengas miedo, ni prestes en absoluto atención a sus amenazas, pues ellos te amedrentan, tentándote, para ver si tú te ocupas de ellos o has llegado a despreciarlos completamente.

100. Si tienes presente en tu oración al Dios Todopoderoso, Creador y Providente, ¿por qué estás ante El incoherentemente, olvidando su temor insuperable y asustándote, en cambio, de los mosquitos y escarabajos? ¿O es que no oíste decir: «Temerás al Señor, tu Dios»<sup>105</sup>; y también: «Ante el aspecto de tu poder todo se estremece y tiembla...»<sup>106</sup>?

101. Como el pan es el alimento del cuerpo y la virtud del alma, así también la oración espiritual es el alimento del intelecto<sup>107</sup>.

102. No ores como el fariseo, sino como el publicano, en el sagrado lugar de la oración, para que también tú, como éste, seas justificado por el Señor <sup>108</sup>.

103. Lucha para no desear mal a nadie en tu oración; no vayas a destruir lo que edificas, haciendo tu oración detestable <sup>109</sup>.

104. El deudor de los mil talentos te enseñe que si tú no perdonas al que te debe, tampoco obtendrás la remisión; pues está escrito: «El le entregó a los verdugos» <sup>110</sup>.

105. Pasa por alto las necesidades del cuerpo cuando estés en oración, a fin de que ni por la picadura de un piojo, de una pulga, de un mosquito o de una mosca, pierdas el enorme beneficio de tu oración <sup>111</sup>.

106. Llegó hasta nosotros la noticia de que a un santo le resistía tanto el maligno mientras oraba, que apenas extendía las manos, aquél, transformándose en león, levantaba rectas sus patas delanteras, clavaba sus garras

en las dos mejillas del atleta y no se apartaba de él hasta que bajaba las manos. Mas él, sin embargo, jamás bajó las manos hasta no haber completado sus plegarias acostumbradas <sup>112</sup>.

107. Sabemos que semejante a éste fue también Juan el Pequeño o, mejor dicho, aquel monje grande que llevaba vida solitaria en una fosa y que permanecía inmóvil por su unión íntima con Dios mientras que el demonio, en forma de dragón enroscado en su cuerpo, le trituraba las carnes y vomitaba en su rostro.

108. Sin duda, has leído también en las vidas de los monjes de Tabennisi, que mientras el abad Teodoro dirigía unas palabras a los hermanos, se acercaron dos víboras y se pusieron bajo sus pies; pero él, imperturbable, haciéndola una especie de bóveda, las resguardó dentro, hasta que terminó de pronunciar la conferencia, y entonces las mostró a los hermanos, explicándoles el hecho.

109. Sobre otro hermano espiritual hemos leído, a su vez, que mientras oraba, se le acercó una víbora y fue a picar su pie; él, sin embargo, no bajó sus manos hasta que hubo acabado su oración acostumbrada. Y ningún daño sufrió el que hubo amado a Dios antes que a sí mismo.

110. Mantén quieta tu mirada durante la oración y, abnegando tu carne y tu alma, vive según el intelecto <sup>113</sup>.

111. A otro santo que vivía en la soledad del desierto, mientras oraba fervorosamente, le asaltaron los demonios y durante dos semanas jugaron con él a la pelota, lanzándolo por el aire y recibéndolo en una estera. Pero no pudieron en absoluto debilitar la ardiente oración de su intelecto.

112. Igualmente a otro, lleno de amor de Dios y de celo por la oración, mientras caminaba por el desierto, se le acercaron dos ángeles que le pusieron en medio e iban caminando a su lado; pero éste en absoluto se preocupó de ellos, para que lo más importante no sufriera merma alguna. Pues se acordaba del dicho del apóstol que afirma: «Ni ángeles, ni principados, ni poderíos serán capaces de apartarnos del amor de Cristo» <sup>114</sup>.

113. El monje, gracias a la oración, llega a ser igual a los ángeles, deseando vivamente ver el rostro del Padre que está en los cielos <sup>115</sup>.

114. No busques de ningún modo percibir alguna forma o figura en el tiempo de la oración<sup>116</sup>.

115. No desees ver sensiblemente ni ángeles, ni poderíos, ni siquiera a Cristo, no sea que pierdas completamente el discernimiento, acogiendo al lobo en lugar del pastor y adorando a los demonios enemigos<sup>117</sup>.

116. El origen del extravío del intelecto es la vanagloria, por la cual se ve movido el intelecto a circunscribir la divinidad en figuras y en formas.

117. Por mi parte, repetiré lo que ya he dicho en otras ocasiones: «Dichoso el intelecto que en el tiempo de la oración alcanza una perfecta indefinibilidad <sup>118</sup> (de Dios)».

118. Dichoso el intelecto que, orando sin distracción, acrecienta constantemente su deseo de Dios <sup>119</sup>.

119. Dichoso el intelecto que, en el tiempo de la oración, llega a ser inmaterial y a estar desasido de todo.

120. Dichoso el intelecto que, en el tiempo de la oración, alcanza una perfecta insensibilidad <sup>120</sup>.

**121.** Dichoso el monje que se cree el desecho de todos <sup>121</sup>.

**122.** Dichoso el monje que mira la salvación y el progreso de todos como propios, con total alegría <sup>122</sup>.

**123.** Dichoso el monje que considera a todos los hombres como Dios, después de Dios <sup>123</sup>.

**124.** Monje es aquel que, separado de todo <sup>124</sup>, está unido a todos <sup>125</sup>.

**125.** Monje es aquel que se estima unido a todos, porque se ve a si mismo en cada hombre sin excepción <sup>126</sup>.

**126.** La oración conduce a la perfección a quien hace fructificar para Dios toda su intelección primera <sup>127</sup>.

**127.** Si deseas orar evita como monje toda falsedad y todo juramento, de lo contrario, en vano aparentas lo que no te es familiar <sup>128</sup>.

**128.** Si quieres orar en espíritu <sup>129</sup>, no odies a nadie y no habrá nube alguna que se te oponga en el momento de la oración <sup>130</sup>.

**129.** Confía a Dios las necesidades de tu cuerpo y mostrarás que también le confías las del espíritu <sup>131</sup>.

**130.** Si entras en posesión de las promesas, reinarás. Considerando esto, por tanto, soportarás con gusto la presente penuria <sup>132</sup>.

**131.** No rehuyas la pobreza ni la tribulación, componentes de la oración ingrávida.

**132.** Que las virtudes corporales te conduzcan hacia las del alma y las del alma hacia las espirituales. Y éstas, a su vez, hacia el conocimiento inmaterial y esencial <sup>133</sup>.

133. Cuando ores, si los pensamientos cesan fácilmente, observa por qué sucede esto, no vayas a caer en una emboscada y te traiciones a ti mismo por error <sup>134</sup>.

134. A veces, los demonios te sugieren pensamientos y te incitan, a la vez, manifiestamente a orar contra ellos o a contradecirlos, retirándose voluntariamente, para que, engañado, pienses que has comenzado a vencerlos y a hacer huir a los demonios <sup>135</sup>.

135. Si oras contra una pasión o un demonio que te atormenta, acuérdate de aquel que dijo: «Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, y no me volveré hasta haberlos aniquilado, los aplastaré y no podrán levantarse, yacerán postrados bajo mis pies...». Esto lo dirás oportunamente, armándote de humildad contra el adversario <sup>136</sup>.

136. No creas que has adquirido ya la virtud, sin haber combatido por ella hasta la sangre, pues es necesari-

rio oponerse al pecado hasta la muerte, como luchador irrepreensible, según el divino apóstol <sup>137</sup>.

137. Cuando ayudes a alguien, serás injuriado por otro, para que la injusticia te haga decir o hacer algo impropio y pierdas malamente lo que buenamente habías acumulado. Tal es el fin que persiguen los malvados demonios. Por tanto, hay que vigilar inteligentemente <sup>138</sup>.

138. Aguanta los molestos ataques de los demonios, pensando cómo escapar de su servidumbre <sup>139</sup>.

139. De noche los perversos demonios solicitan al maestro espiritual para perturbarle por sí mismos. Durante el día, sirviéndose de los hombres, le rodean de desgracias, calumnias y peligros <sup>140</sup>.

140. No intentes evitar a los bataneros, pues si estos golpean al pisar, y al cepillar cardan, por medio de ellos también tu vestido se vuelve resplandeciente.

141. En la medida en que no hayas renunciado a las pasiones, y tu intelecto se oponga a la virtud y a la verdad, no encontrarás en tu seno el incienso de suave olor<sup>141</sup>.

142. ¿Deseas orar? Cambia tu ciudadanía de aquí abajo y tenla en los cielos constantemente<sup>142</sup>, no sólo de palabra, sino con la *práctica* angélica y el conocimiento divino<sup>143</sup>.

143. Si solamente en la desgracia te acuerdas de lo temible e insobornable que es el Juez, todavía no has aprendido a servir al Señor con temor y a regocijarte en El con estremecimiento<sup>144</sup>. Comprende, por tanto, que

cuando tengas consuelos y alivios espirituales debes adorarle con mayor piedad y reverencia <sup>145</sup>.

144. Es inteligente el hombre que, antes de la perfecta conversión, no rehuye el recuerdo doloroso de los propios pecados y de la pena del fuego eterno, como castigo por ellos <sup>146</sup>.

145. Aquél que se halla sumido en el pecado y en accesos de cólera, y aún se atreve a dirigirse hacia un conocimiento de las cosas más divinas <sup>147</sup>, o a pretender la oración inmaterial, reciba la amonestación del apóstol para que se dé cuenta de que orar con la cabeza sin adorno y descubierta no carece de peligro: «Debe un alma tal, por tanto, llevar sobre la cabeza —se dice— un signo de autoridad por causa de los ángeles» <sup>148</sup>, revistiéndose del pudor y de la humildad convenientes <sup>149</sup>.

146. De la misma manera que no sirve de nada al que está enfermo de los ojos mirar sin velo y con insistencia al sol en pleno día, cuando éste está en su esplendor; de igual modo de nada serviría al intelecto apasionado e impuro la representación de la sobrecogedora y admirable oración en espíritu y verdad; antes al contrario, despertaría contra él la indignación divina.

147. Si a quien venía con una ofrenda al altar no le aceptó el que no tiene necesidad de nada y es imparcial, hasta haberse reconciliado con su prójimo contristado con él <sup>150</sup>; considera qué vigilancia y qué discernimiento son necesarios para ofrecer un incienso agradable a Dios en el altar inmaterial <sup>151</sup>.

148. No te deleites en la palabrería ni en la buena fama, de lo contrario ya no en tu espalda, sino en tu rostro meterán el arado los pecadores <sup>152</sup> y les servirás de diversión durante el tiempo de la oración, siendo seducido y arrastrado por ellos hacia pensamientos ajenos <sup>153</sup>.

**149.** La atención que busca la oración encontrará oración; pues si hay algo que lleva a la oración es la atención; luego, hay que aplicarse a ella <sup>154</sup>.

**150.** Como la vista es el mejor de todos los sentidos, así también la oración es la más divina de todas las virtudes <sup>155</sup>.

**151.** La excelencia de la oración no consiste en la cantidad simplemente, sino en la calidad y esto lo muestran aquellos dos hombres que subieron al templo <sup>156</sup> y la enseñanza: «Vosotros cuando oréis, no uséis muchas palabras...» <sup>157</sup>.

**152.** Mientras vuelvas la atención a lo relacionado con tu cuerpo y tu intelecto esté preocupado en los placeres exteriores, todavía no has percibido el lugar de la oración, sino que está lejos de ti el dichoso camino que a él conduce <sup>158</sup>.

**153.** Cuando hayas llegado en tu oración a estar por encima de cualquier otra alegría, entonces verdaderamente has encontrado la oración <sup>159</sup>.